



LOS HIJOS DE DORMIDOS
ANTHONY PASSERON

Libros del asteroide.
232 páginas. 19,95 euros.

En la familia de Anthony Passeron, casi nunca se hablaba de su tío Desiré. ¿Quién fue aquel hombre al que su hermano (el padre de Anthony) tuvo que ir a buscar a Holanda? ¿Quién fue aquel familiar que falleció de sida en un momento en que el solo nombre de la enfermedad ya parecía

una condena? Este libro (duro, hermoso, tan documentado como doloroso) es una gozosa combinación entre la crónica y el cuaderno de memorias. En capítulos alternos, Passeron cuenta la historia de su tío (quién era, cómo la enfermedad afectó a él y a los suyos) y también la heroica y valiosa investigación que se emprendió desde Francia para identificar el virus y comenzar así la lucha contra la enfermedad. Hay páginas que pellizcan, como esas en las que una madre limpia a su hijo la sangre que a otras personas daba tanto pavor (134) o como la de los enterradores que se niegan a tocar el cuerpo del fallecido por miedo al contagio (155). **V. M. V.**



ARTISTAS DE LA SUPERVIVENCIA
HANS MAGNUS ENZENSBERGER

Altamarea.
240 páginas. 19,90 euros.

Sartre fue un tipo bajito y estrábico que tuvo prohibida la entrada en Cuba. Junger era un exlegionario que coleccionaba cucarachas y mariposas. Céline, además de un médico especializado en virología, era un tipo «asque-

roso, calumniador, pornógrafo, antisemita, colaboracionista...». El intelectual alemán Hans Magnus Enzensberger publicó a lo largo de su vida unos textos pequeños y afilados sobre un puñado de escritores (de Cela a García Márquez, de Gertrude Stein a Neruda) convertidos en artistas de la supervivencia. Supervivientes porque su obra y su nombre ha permanecido, porque sus libros se siguen leyendo. Pero supervivientes también porque el escritor (la escritora) es además alguien que ha de combatir contra el poder, la censura, las purgas, la miseria moral. Algunos sobrevivieron por oposición. Otros, entregándose a causas terribles. **V. M. V.**



LA REINA DEL BAILE
CAMILA FABBRI

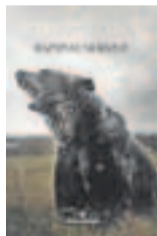
Anagrama.
176 páginas. 17,90 euros.

Paulina acaba de tener un accidente de tráfico (junto a un perro y una adolescente), pero es incapaz de saber qué ha pasado exactamente, quién es esa chica que está con ella y cómo ha llegado hasta allí. A veces en la vida ocurre. Tomamos unos caminos sin saber muy bien por qué, con-

ducimos con la duda de si no nos habremos equivocado y solo cuando ya es demasiado tarde nos damos cuenta de que hemos descarrillado, de que hemos invadido un carril erróneo, hemos ido por donde no deberíamos por no haber sabido tal vez ocupar ni defender nuestro propio espacio. Sobre esto habla esta novela. De los espacios de intimidad contruidos y de las soledades no del todo deseadas. A partir de ese accidente (en el primer capítulo) viajamos atrás en el tiempo para conocer las razones por las que Paulina ha llegado hasta allí. Su ruptura con Felipe, su pareja. Su amistad con Maite. Sus ligues en apps de citas... **V. M. V.**

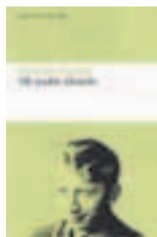


Pinturas prehistóricas en la isla de Célebes (Indonesia) similares a las de la cueva de El Castillo en Cantabria. EFE



EL RASTREADOR
BAPTISTE MORIZOT

Errata Naturae. 248 páginas.
21 euros.



MI PADRE ALEMÁN
RICARDO DUDDA

Libros del Asteroide. 216 páginas.
18,95 euros



EL LIBRO DE LAS DESPEDIDAS
VELIBRO COLIĆ

Periférica. 208 páginas. 19 euros.

las historias que le cuenta su progenitor, cuyas andanzas y amoríos casi siempre frustrados, cuando no frustrantes, no dejarán al lector indiferente, jalonado por lecturas complementarias muy bien incorporadas al argumento y por testimonios paralelos, así como por algún documental y visitas a los lugares donde vivió su padre, empezando por su ciudad natal, «triste y ventosa y melancólica».

En 'El libro de las despedidas' (Periférica), escrito en francés, publicado en 2020 por Gallimard,

Velibor Čolić, de quien soy devoto desde su escalofriante, como ráfaga de metrallera, 'Los bosnios', visión fragmentaria, impresionante, del conflicto yugoslavo, nos muestra autobiográficamente al refugiado político, inmigrante bastante perdido, como rastreador infatigable, con olfato que se adapta a las peores situaciones, de oportunidades, algunas desperdiciadas, otras de cierto provecho, en tierra extraña, desde que llegó a Francia hace más de un cuarto de siglo tras desertar de la guerra balcá-

nica («la alegría de salvar la vida rápidamente se sustituye por el miedo»). Al desmañado y corpulento Čolić («ocupo un espacio de ciento siete kilos y de ciento noventa y cinco centímetros») siempre lo he emparentado, en un orden de cosas muy distinto, con el serbio, fallecido el año pasado en Estados Unidos, Charles Simic, escritor también de raza, igualmente volcánico, un tanto a lo Kusturica en lo cinematográfico, con un humor parecido, sombrío, exultante a pesar de los pesares.

Ya en la obra sobre los horrores bélicos y en 'Manual de exilio' nos había deslumbrado (como aquí al describir sus correrías y devaneos, sus entusiasmos y problemas con las mujeres, en suelo galo, con incursiones en Alemania y viajes a Suecia al entierro de su hermano, a Brasil como literato y a su Croacia natal, en la parte bosnia, de veraneo) su estilo en crudo, forjado en frases cortas y martilleantes. En este recorrido del superviviente nato, tirando de sarcasmo y de autocrítica, lo pone al servicio de retratos de personajes excéntricos como él, con un laconismo quirúrgico, y de escenas entre lo sublime y la impostura, entre lo grotesco y lo desopilante, entre lo erótico subido, lo poético tajante, lo onírico sideral y el desbarre etílico preferentemente en las barras de garitos. A Čolić se la refanfinfla todo, salvo su inquebrantable vocación de escritor, pasa olímpicamente de la corrección política y demás imposiciones.

Decía nuestro vecino, el sabio editor y diarista Julio Martínez, en 'La noche de los granados', que «en la navegación de altura los indicios están muy considerados y sus expertos (gente señalada) gozan del respeto de la tripulación y, sobre todo, de los pilotos». Así estos escritores recomendados ventean las señales ocultas que se nos escapan al común de los mortales.

AL PIE DE LA LETRA

CARLOS AGANZO



Jiménez Lozano y los pájaros

Nacidos los dos en Langa, un pueblecito de apenas seiscientos habitantes (entonces) en mitad de la llanura sanjuanista de la Moraña, José Jiménez Lozano y Jacinto Herrero, poetas los dos y los dos estudiosos y ensayistas, compartieron muchas cosas a lo largo de sus vidas, entre ellas una larga y fértil amistad. También una curiosidad y un amor inmenso por los pájaros, que fueron sus confidentes y, en muchos casos, la excusa alada para construir sus respectivos poemas, o sus textos. También el signo de un modo de escribir y de estar sobre el mundo, atento a los vuelos en corto, a la verdad rotunda de lo pequeño, de lo frágil, de lo humilde.

En 'Señores pájaros. 273 fragmentos', la editorial Días Contados reúne eso: 273 fragmentos, en verso y en prosa, de la obra de José Jiménez Lozano, en los que los pájaros son protagonistas. Un repaso, con prólogo de Andrés Trapiello y dibujos de Ramiro Fernández Saus, a la obra del poeta, narrador, ensayista, periodista y diarista desde un punto de vista muy particular, íntimamente ligado a su relación con la naturaleza, a su búsqueda incansable de la sencillez y a su apuesta por «la lacerante alegre belleza de lo minúsculo». Lo mismo en un libro entero, 'Pájaros' (2000), dedicado a sus compañeros de cavilaciones, que en otro, 'La estación que gusta al cuco' (2010), en el que los pájaros se incorporan al título de la obra. Pero también en sus maravillosos diarios o en incluso en los libros más sesudos y de pensamiento más profundo.

«Mira, Juan de Yepes, / el pájaro sentado en el tejado / no contempla. Endecha en el silencio / a sus pequeños atrapados en el cepo», dice, con esa tierna ironía que tanto le caracte-



SEÑORES PÁJAROS.
273 FRAGMENTOS
JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO

Editorial Días Contados. 356 pág.

teriza, en el poema 'Matización a un místico'. Una prueba, como las otras 272 que componen este libro, de la capacidad de expresar a través de los pájaros, de la naturaleza, el mundo personal de uno de los autores más singulares de nuestro tiempo. «Hay lugares en esta Castilla -dice también Jiménez Lozano-, llenos de redondeces, curvas y protuberancias, pero donde la soledad se hace casi carne, resulta insoportable. Un chopo, que a Ortega le parecía una lanza o el signo de la más austera geometría, es, por el contrario como un oasis, un descanso, en un momento de gracia o de sensualidad. Por allí cerca es seguro que hay agua y verdor. Y pájaros».

Un oasis a cuya frescura contribuyen no poco los dibujos del pintor y grabador Ramiro Fernández Saus, comprometidos con esa sencillez emocional en la que se detienen, como el poso del pájaro sobre la rama, las palabras de Jiménez Lozano. La evidencia del modo en el que la poesía, por tardía que fuera la publicación en su caso, estuvo siempre presente, desde el principio, en la obra del escritor retirado de las vanidades del mundo en Alcazarén. Y un libro «de verdadera poesía, o de poesía verdadera», en palabras de Andrés Trapiello, de esos que «incluso a oscuras dicen algo».